

CAPITULO XXXV.

La colonia de Veragua.

REANIMADO el espíritu de Colon al ver que al fin había logrado realizar los deseos de toda su vida, encontrando un país fértil y rico que conquistar para los reyes de España, confiando por esto en que al regresar á su patria adoptiva una nueva ovacion le indemnizaria de los hondos pesares que había sufrido, se entregó confiado á la esperanza, y hasta sus males se aliviaron.

No hay duda, exclamaba en sus momentos de expansion, dirigiéndose á su hermano, á su hijo y al valiente Diego Mendez, su más leal servidor, la Providencia nos ha protegido, y hemos llegado al país más espléndido del continente asiático.

—No puedo ménos de recordar, añadía, volviendo á acariciar sus antiguas ilusiones, lo que dice el historiador Josefo al describir el templo de Salomon.

El oro empleado en él había sido arrancado de las minas del áureo Quersoneso, y todo me hace creer que las minas que hay en este país son las que cita el escritor judío. Están á la misma distancia del polo y de la línea equinocial, y no hay un sitio más á propósito que este para establecer una colonia, que será con el tiempo un gran mercado, abundante siempre, puesto que en breve tiempo hemos visto reunido aquí más oro que el que tanto trabajo nos ha costado adquirir en la Española durante muchos años.

Tanto por estas circunstancias, como por la usurpacion de derechos que había sufrido en la Española, y por la que los aventureros españoles le habían hecho explotando el Golfo de Paria, resolvió conquistar á toda costa la provincia de Veragua ó Veragua, y consolidar en este triunfo su reputacion.

—Lo que procede, dijo el adelantado, es que miétras yo con un puñado de hombres domino el territorio de las minas, y construimos la colonia, vuelvas tú á España para dar cuenta á los reyes de este descubrimiento, y conseguir nuevos recursos de hombres para sacar partido de tanta fortuna.

Esta idea halagó á Colon, porque en efecto deseaba cuanto ántes recuperar su menoscabado prestigio.

Pero no quiso partir sin que todos contribuyeran á la construccion de la colonia, á la dominacion del país.

Con este deseo desplegó la mayor actividad para dar órdenes y designó á ochenta hombres, divididos en cuadrillas de diez cada una, para que empezaran á construir casas en una altura próximas al rio de Belen.

Los españoles, seducidos por los tesoros que encerraba aquella provincia, y halagados por la idea de que no tardarian en volver á España la mayor parte á recibir el premio de sus afanes, se consagraron con entusiasmo á aquella tarea, y empezaron á fabricar las casas de madera, cubriéndolas con hojas de palma, que crecian con abundancia en la costa.

Construyeron una de grandes proporciones para que sirviera de almacén; y aun cuando las provisiones que habían llevado de España estaban á punto de acabarse, no sufrían privaciones, porque aquellas fértiles tierras producian plátanos, cocos, maíz, y además podían coger abundantes pescados.

Una circunstancia permitió á los españoles llevar á cabo el establecimiento de la colonia, sin que Quibiam ni sus guerreros se lo estorbasen.

Los indios de la costa, no solamente no eran hostiles, sino que les ayudaban, porque las instrucciones que habian recibido eran las de tratarlos aparentemente con la mayor afabilidad.

No hubiera, sin embargo, con sentido Quibiam á los españoles que se apoderasen de su territorio, ni levantasen edificios para guarecerse y defenderse en caso necesario, si un inmenso dolor no le hubiera hecho olvidar por algun tiempo los peligros que le amenazaban y el odio que abrigaba en su pecho.

Explicaré en breves líneas lo que habia sucedido.

Unima fué por orden de Quibiam á visitar las embarcaciones de los extranjeros con el objeto de averiguar los elementos con que contaban para combatir, la calidad é importancia de sus armas, y todos cuantos datos podian servirle para tender mejor el lazo á sus enemigos.

Al hallarse á bordo de la carabela capitana fijó sus ojos en una pobre india que permanecía sentada sobre cubierta, mirando á todas partes sin fijarse, y como víctima de un alucinamiento.

Al verla se estremeció.

Creyó reconocer en sus facciones las de Lianata.

No se equivocaba.

Pero temeroso de que se alarmaran los extranjeros si notaban en él algun interes en favor de aquella jóven, se serenó, y por medio del intérprete preguntó al almirante quién era aquella india.

El intérprete satisfizo su curiosidad.

Después de oír la revelacion que aquel hizo, no tuvo la menor duda.

Aquella era Lianata.

Una idea cruzó por su imaginacion.

—Cacique de los extranjeros, dijo á Colon, por medio del intérprete, ya has visto con qué cordialidad te ha recibido nuestro rey. Ha permitido á tus vasallos recorrer todo su territorio, apoderarse del oro que nace en las entrañas de sus minas. Nada te ha negado, nada te negará; pero Quibiam sufre una inmensa pena, y tú tienes en tu poder el medio de alejarla para siempre de su alma.

—Mucho me agradaria, contestó Colon, que fuera cierto lo que decís, porque mi mayor satisfaccion seria demostrarle mi gratitud.

—Pues bien, escucha, dijo Unima.

Nuestro rey Quibiam amaba á una mujer con toda su alma. Desde las hermosas llanuras de Ornofay la habia traído á su reino para consagrarla todo su amor.

Una mirada suya bastaba para devolver la alegría á su espíritu, para dar poder á su brazo contra todos sus enemigos, para dulcificar su ira é inspirarle clemencia.

Compartia con Irayba, la madre de los hijos de Quibiam, todo el amor del rey.

Pero un dia abandonó las playas de Veragoa.

Fué á recibir el último adios de su moribundo padre, y en medio de los mares asaltó á su canoa la tempestad.

Los vientos la arrojaron á costas desconocidas.

En ellas encontró á vuestros hermanos, los cuales, añadió con amargura Unima, apiadándose de su desgracia, abrieron su corazon á la fe, y haciéndola abjurar de su religion, le inspiraron respeto y veneracion á la vuestra.

Quibiam la llora por muerta, pero vive.

Vos podeis devolvérsela.

—¿Está en Haiti sin duda?

—No, viene con vos.... Héla allí, añadió señalando á Lianata.

La jóven india habia tomado el nombre de María.

Este nombre era el que le daban los españoles.

—¿María, exclamó Colon, la esposa de Quibiam?.....

—Su esposa predilecta.

—Ahora comprendo su inmensa alegría al descubrir las costas de Veragoa. ¡Oh! Si yo lo hubiera sabido ántes que mis soldados, hubiera ella misma llegado á la presencia de Quibiam para ofrecerle nuestra amistad.

—No es tarde.

—Cierto.

—Si quieres conceder un gran favor, confíala à mi cuidado; yo la llevaré á los brazos de su esposo, y su gratitud será tan grande, que con todo su reino no podría pagarte el beneficio que le dispensas.

Colon dió inmediatamente órdenes para que Lianata fuera puesta en libertad, y consintió à Unima que se acercase á ella.

—Lianata, dijo el cacique, ¿no me reconocéis?

La jóven fijó en él su mirada.

—No, no sé quién eres; y sin embargo, yo he oído tu voz ántes de ahora.

—Vengo á buscarte para llevarte al lado de tu esposo.

—¿Mi esposo?..... Mi esposo ha muerto.

—No, vive; yo te aseguro que vive. Ven conmigo y no tardarás en estrecharle contra tu corazón.

—Estoy prisionera.

—Te han concedido la libertad.

—No, no; yo debo la vida á los que me han traído aquí. Encadenada iba á partir léjos, muy léjos de mi patria, acaso para siempre. Pero estalló la tempestad, los barcos se sumergieron, los hombres que las tripulaban cayeron en el mar, lanzando gritos terribles de desesperacion.

Yo pude sostenerme sobre las olas.

El viento me empujaba; llegué á las embarcaciones, allí me recogieron y tuvieron piedad de mí. Soy su prisionera, y no puedo abandonarlos.

—Lianata, dijo Unima, vuelve en tí: ellos desean verte feliz, devolvete la razon que has perdido, y para que seas dichosa vengo à buscarte.

—Mira, dijo la india, yo creo en Dios trino y uno; yo creo en la Vírgen, Madre de los afligidos: ella no se separa de mí, ella consuela mis penas.

Yo creo en los ángeles, espíritus puros que interceden con Dios por nosotros.

Pues bien: un ángel, el ángel de mi guarda, me ha dicho muchas veces:

«No abandones á los españoles: miéntras estés con ellos conservarás la fe, y la fe es tu salvacion. En cuanto te alejes de su lado, los tuyos te obligarán de nuevo á adorar á los falsos ídolos, y en el momento en que la fe te abandone exhalarás el último suspiro.»

—No, añadió estremeciéndose, no intentes separarme de mis hermanos; al tercer dia exhalaria el último aliento.

Unima pidió á Colon que mandase á la india obedecerle.

El almirante se acercó á Lianata y ofreciéndola una cruz:

—Toma, le dijo; miéntras lleves contigo esta reliquia no te abandonará la fe.

La india besó la cruz.

—Ven, ven ahora conmigo, dijo Unima; Quibiam te espera.

—Quibiam.... ¡Ah! Sí.... ya recuerdo.... Quibiam, mi querido esposo.... Corramos, corramos á su lado; quiero que participe de mi fe, que goce las delicias que á mí me sonrien.

Y besando la cruz, siguió à Unima á la canoa que habia

conducido al cacique de Guaniguanito, partiendo á la playa.

Lianata estaba desfallecida.

Le faltaban fuerzas para andar el camino que le separaba de la morada de Quibiam.

Unima se cogió de su brazo, y no tardó en llegar con él á la solitaria caverna en donde vivia Quibiam sufriendo su desgracia, y acariciando la venganza que proyectaba tomar de los españoles.

CAPITULO XXXVI.

Ultimos momentos de Lianata.



Al ver en su presencia á Lianata, todos los sentimientos, todas las ideas que abrigaba Quibiam, desaparecieron.

Se olvidó del horrible martirio que habia sufrido, se olvidó de que los españoles estaban en sus territorios, y durante algun tiempo fué tanta su emocion, que ni aun pudo preguntar á Unima cómo habia llegado á su poder Lianata.

La jóven fijó en él su mirada con un vivo deseo de reconocerle, y sin embargo, como si tuviera un velo en sus ojos, pasó el índice de sus manos sobre ellos para alejar la sombra que le impedia ver á Quibiam como le habia visto en otro tiempo.

—Lianata, esposa mia, exclamó el rey, estrechando en sus brazos á la jóven.

—¿Quién eres? preguntó Lianata, separándose de Quibiam.

—¿No me reconoces?

—Sí.... sí; pero no acierto à saber quién eres.

Quibiam fijó en ella sus ojos, y al ver la vaguedad de su mirada se estremeció.

—¿Qué es esto, Unima? preguntóle el cacique.

—Esto es una desgracia, pero no tan grande como la que llorábamos.

—Explícate.

Unima refirió á Quibiam todo lo que habia pasado á Lianata, desde el momento en que la habia dejado en un buque próximo á partir á España para ir á comunicarle la abjuración de la jóven india.

—Los extranjeros la han hechizado, dijo Quibiam; pero no importa. Yo buscaré los medios de devolverle la razon.

Y como poseia el secreto de curar las enfermedades por medio de yerbas y de conjurar el peligro por completo, despertó, como él decia, el alma dormida de la jóven.

Todos cuantos esfuerzos hizo fueron inútiles.

Lianata le manifestaba un entrañable afecto.

Pero no queria apartarse de la cruz bendita, y cuando Quibiam la veia próxima á recobrar su razon, el éxtasis que experimentaba contemplando el símbolo de la Redencion le hacia caer de nuevo en el delirio que le producía su enfermedad.

—Los extranjeros han desembarcado en las playas, y han empezado á construir casas cerca del rio de Belen, dijeron á Quibiam.

—No importa, contestaba, yo vivo solo para Lianata; cuando la salve castigaré á mis enemigos.

Y la llevaba de tribu en tribu para que en todas ellas distrajesen su alma con festejos, y cada dia empleaba un nuevo medio para endulzar sus males.

Un anciano indio le aseguró que en la isla de Cariari habia un butio muy sabio que curaba las enfermedades de los caciques.

Quibiam envió un emisario al butio para que fuese á Veragoa.

Era un anciano que no podia moverse, y aseguró que no ejercia su poder más que dentro de la isla.

Quibiam partió para Cariari con Lianata y los caciques principales.

El butio interrogó á la jóven.

Despues de un minucioso exámen:

—Déjame à solas con Quibiam, exclamó.

Al hallarse sin testigos, le dijo:

—El único medio que tienes de salvarla la vida, es arrebatarle de sus manos ese objeto que tanta veneracion le inspira.

El butio aludia á la cruz.

Quibiam, resuelto á obedecer las órdenes del butio, volvió con su comitiva á Veragoa, y allí empleó todos los medios suaves y cariñosos para separar la cruz de Lianata.

Sus esfuerzos fueron inútiles.

—En cuanto me separe de esta cruz, dijo la jóven, moriré al tercer dia.

Lianata no la abandonaba ni aun cuando el sueño cerraba sus ojos.

Hasta entónces habia respetado Quibiam su voluntad.

Pero en vista del peligro que corria, resolvió aprovecharse del sueño de la jóven para arrebatarle la cruz.

Así lo hizo, en efecto.

Al ver que habia desaparecido de sus manos aquel signo santo, la desesperacion se apoderó de Lianata.

El dolor hizo brotar lágrimas de sus ojos.

Las lágrimas desahogaron su oprimido pecho, y lanzando un grito, porque acababa de reconocer á Quibiam, colmó de alegría al monarca.

—Quibiam, esposo mio, dijo Lianata.

—El butio no me engañó, pensó Quibiam.

Ebrio de gozo, dispuso que se solemnizara con grandes festejos lo que él llamaba la resurrección de Lianata.

Convocó á los caciques de todas las tribus de su territorio, hizo que se quemara resina de caoba en los altares de los tzimes, mandó á los butios que celebrasen ceremonias en acción de gracias, y las vírgenes, pulsando la maricuba, entonaron alrededor de su palacio los arcitos de alegría.

Lianata se habia animado.

Sus facciones habian tomado la expresion, la vida que en otro tiempo habian servido para fascinar á Quibiam.

Hasta se habia olvidado de la religion de los españoles, y como los demas indios, veneraba los tzimes.

Pasó el primer dia en medio de un júbilo general.

Pasó el segundo, y la felicidad continuó sonriendo á los habitantes de Veragoa.

Pasó el tercero, y en medio de la fiesta lanzó de pronto Quibiam un grito desgarrador.

El rey de Veragoa sostuvo á la jóven en sus brazos.

—Adios, adios para siempre, baluceó la jóven.

Quibiam se estremeció al ver que sus manos estaban heladas.

—El ángel de mi guarda, añadió la jóven con voz que apenas se percibia, ha venido á buscarme. El me devuelve la cruz que arrebatasteis de mis manos, y me conduce á implorar el perdón del Dios justo para que me conceda la gloria eterna. Respeta á los cristianos y ámalos como yo los amo, y en la otra vida te devolveré la vida que ahora te arrebató.

Los ojos de Lianata se cerraron.

—¡Ha muerto! . . . ¡Ha muerto! exclamó Quibiam.

En aquel momento llegó un cacique.

—Rey y señor, le dijo, los blancos han querido esclavizar á algunos de tus vasallos, y al oponerles resistencia, han dis-

parado el rayo contra ellos. La sangre de los indios de Veragoa se ha derramado.

—Yo los vengaré. . . . Yo te vengaré, Lianata mia; lo juro sobre tu cabeza, dijo Quibiam.

Y entregando á las vírgenes el cadáver de la pobre india:

—Llamad en torno mio á los caciques de las tribus doráceas y gumies, á todos mis vasallos que moran desde el Tebra hasta el Urira. Los blancos perecerán bajo los golpes de nuestras envenenadas flechas.

El tigre volvió á convertirse en leon; pero no tardó en comprender que su fuerza era inútil, y como le devoraba la sed de venganza, volvió á empuñar las armas de la astucia.

cho una palabra. ¿Pero no habeis reparado que de cuando en cuando se acercaban algunos indios á observar lo que hacíamos?

—Por mera curiosidad.

—O por mandato de su rey.

—Quibiam es poderoso; cuenta con un crecido número de tropas; es valiente y arrojado, y lo suficiente sagaz para comprender que contaba con más probabilidades de vencernos ántes de construir la colonia que ahora. Antes no teníamos más abrigo que los buques. Ahora podemos hacernos fuertes en las casas que hemos fabricado; por mi parte, no abrigo temor alguno.

—Pues dejadme que os hable con franqueza. Yo tengo para mí que, gran conocedor de las mareas, sabia que en cierta época habia de secarse el rio, como ha pasado, y ha estado aguardando á que esto sucediera. Hoy no podemos huir. En alta mar le hubiera sido difícil perseguirnos y alcanzarnos; ahora estamos en su poder, y si se entablase una lid, tendríamos que luchar hasta perecer todos.

—Vaya, vaya, tranquilizaos, Mendez; yo sé que todo ese apresto militar nada tiene que ver con nosotros.

—Ningun trabajo cuesta averiguarlo.

—¿Qué intentais?

—Si me lo permitís, quisiera ir en un bote hasta la parte de la costa próxima al palacio de Quibiam. Allí están reunidas las tropas, allí han formado su campamento, y yo puedo observarlas.

—Si sus intenciones fueran hostiles, ese deseo podria seros peligroso.

—Nada importa; de esta manera les obligaremos á calmar nuestras dudas. Lo que ha de ser, que sea pronto; si son nuestros enemigos, al verme solo intentarán un ataque, y en

ese caso yo me defenderé como pueda, y mis hermanos podrán ponerse á la defensiva.

Id enhorabuena.

Mendez eligió unos cuantos soldados de los más aguerridos, bajó con ellos á uno de los botes, y aun no habian andado una legua por la costa, cuando descubrió un crecido número de indios, armados todos con agudas flechas.

—Voy á acercarme á ellos, dijo Mendez.

—No hagais tal, objetaron sus compañeros.

—Estoy resuelto; permaneced vosotros cerca de la orilla, y á la menor señal saltad en tierra para auxiliarme.

Con la audacia que le era peculiar, saltó en tierra y se acercó á los indios.

Estos le veian llegar con asombro.

Habia allí reunidos más de mil indios, y preparados al parecer para una larga expedicion.

El jefe de ellos salió al encuentro de Diego Mendez.

Le preguntó cuál era el objeto de su visita, y el audaz español le manifestó que, estando muy agradecido Colon á los favores que habia recibido de Quibiam y de todos los indios de Veragoa, y habiendo sabido que iban á partir en breve á luchar contra sus enemigos, queria ofrecerle todo su apoyo, á cuyo fin le enviaba con algunos hombres armados, que no esperaban más que sus órdenes para acompañarle al combate.

Temiendo una emboscada el cacique, manifestó profunda gratitud á los ofrecimientos de Diego Mendez, y le dijo que no podia aceptarlos.

A las instancias del valeroso caudillo español contestó con nuevas negativas, y Mendez se alejó.

Durante toda la noche permaneció en la orilla, observándolos á favor de la oscuridad.

Viendo los indios que no se alejaban y que espiaban sus

movimientos, se retiraron en dirección al palacio de Quibiam.

No se había equivocado Mendez.

Todos los síntomas indicaban que el verdadero objeto de los indios era sorprender á los españoles y hacerles pagar caras las libertades que se habían tomado, usurpando sus dominios y apoderándose de sus riquezas.

Corrió Mendez á comunicar al almirante sus descubrimientos; pero Colon atribuyó sus creencias á preocupaciones, porque no podía imaginar tanta perfidia en aquellos hombres.

—No sé lo que haría para convencerlos, dijo Mendez.

—¿Pero tanta es vuestra seguridad?

—Pondría mi cabeza á que meditan contra nosotros un alevoso ataque. De cualquier modo, conviene que no nos cojan desprevenidos.

—Para tranquilizaros y tranquilizarme, voy á llamar á mi presencia á Quibiam.

—Si me lo permitís, yo os propondré otro medio.

—Hablad.

—Yo iré hasta su palacio.

—¿Vos?

—Yo, sí.

—¿Pero con algunos soldados?

—No, solo; á lo sumo llevaré un compañero.

—¿Cuál es vuestro objeto?

—Penetrar amistosamente en la morada de Quibiam, observarle, ser allí un activo espía y comunicaros cuanto vea y sospeche, para evitar las funestas consecuencias de una emboscada.

—Jugais la vida en esa empresa.

—Sé que la juego; pero no importa, así libro de la muerte á mis hermanos.

—¿Estais resuelto á partir?

--Resueltísimo.

--¿Y quién ha de acompañaros?

--Mi buen amigo Rodrigo de Escobar.

Acordado así, Mendez y escobar desembarcaron en la costa, y por la orilla, dejando á un lado los espesos bosques que en el primer viaje de exploracion habían molestado tanto á los españoles, llegaron á la entrada del camino espacioso que conducía á la morada de Quibiam.